

## EL HALLAZGO

Hoy me iré de viaje con mi prima, que es como si fuera mi sobrina. Con mi marido y mi hija, que también son su familia. Hoy seré yo quien la lleve de la mano en su recorrido, en su tiempo libre, en nuestro encuentro consensuado. Como hizo tantas veces su madre conmigo. Su madre, que era mi tía, que era como si fuera mi hermana. Mi hermana mayor, mi guía.

No será cualquier viaje el nuestro. Marchamos con la mochila bien llena, hasta los topes. Pesa lo que cargamos a nuestras espaldas. Sabemos que la carga continuará curvando nuestro esqueleto a cada paso, en la vuelta. Pero debemos partir, para respirar en el camino, para sentirnos vivas al menos durante unos días. Ya después la sombra de la parca oscurecerá de nuevo nuestro presente, recordándonos cuán de implacable es su guadaña. Pero no ahora, no hoy, que tenemos tiempo y recursos para partir, para mirar hacia otro lado, para buscar una luz, aunque sea tamizada.

El tren inicia su traqueteo lentamente, más adelante tomará velocidad, para llegar a nuestro destino a la hora prevista. Mi hija tiene prácticamente pegada la cara a la ventanilla, el vaho de su asombro mancha el cristal con una nube blanca. Su mirada y su sonrisa también son blancas, puras, como ella: inocente. Es su primer viaje en tren y está fascinada.

La mirada de Violeta, mi prima, está como ausente, en modo espera. Sin saber qué espera. Su rostro es inexpresivo, y su cuerpo, aunque no descansa abandonado en su asiento, tampoco permanece rígido. Y eso ya es mucho. Hace unos meses el dolor

rezumaba en cada poro de su piel, en cada temblor de sus músculos, en cada grito de su garganta. Ahora se deja llevar, por este tren que nos arrastra hacia adelante.

Damián, mi marido, nos mira y no dice nada. Está con nosotras, nos observa en silencio, nos ofrece el espacio necesario para ir a nuestro libre albedrío. Incluso deja que Alba, nuestra hija, con sus escasos dos añitos, vaya a su aire. Nos comprende y nos acompaña, eso ya es más que suficiente en este viaje. Es todo lo que necesitamos.

Elia significa la que resplandece como el sol. Así se llamaba mi tía, Elia. Así era ella, resplandeciente como el sol. Pura energía, pura luz. Ardiente y vital. Necesaria.

Mi nombre es Cintia, se atribuye a mujeres alegres, positivas y valientes. Eso decía mi tía, comportándose como una hermana, cuando andaba yo con el día flojo. Siempre conseguía sacarme una sonrisa cuando me lo decía, aunque yo siempre pensara que el significado de mi nombre me venía grande.

Elia, sin embargo, hacía verdadera justicia al suyo. Incluso cuando estaba de mal humor. Se quejaba con bromas y sarcasmos, se reía de sus tropiezos, de sus errores y de su mala suerte (cuando la tenía). En la época que trabajó en una pizzería afirmaba que el calor era insoportable (estaba a cargo del horno, a más de 40º), pero eran otros los que pagaban por estar en una sauna y sudar la gota gorda y a ella le pagaban por sudar lo mismo. Así que salía ganando. Y esa ganancia le permitía sufragar los gastos que ocasionaban sus estudios, porque lo que abonaba el Estado, en la beca que recibía cada año, no alcanzaba.

Estudiaba lo que siempre soñó estudiar: encontrar lo que estaba oculto, limpiándolo, recomponiéndolo. Completando lo que faltaba, rescatando aquello que le permitía atisbar la forma primigenia de lo que encontraba.

Llevando al presente lo que el pasado había enterrado bajo el polvo, bajo las piedras. Estudiaba arqueología. Y en su tiempo libre: hacía pizzas.

En su tiempo libre también se manifestaba, salía a la calle haciendo escuchar su voz, que era la de muchos otros: la de la inmensa minoría de los que a diario no eran escuchados. Y marchaba en comitiva por las calles y plazas, junto a los que pensaban y gritaban sus proclamas, las que salían de sus gargantas y las que sujetaban con fuerza y convicción en sus pancartas. Con ella iban Dora y Remei, Eva y Sara, Clara y Miguel, sus amigos de siempre. Otras veces Elia compartía sus reivindicaciones permanentes con vecinos y conocidos (si sus amigos no podían asistir), lo que importaba era no abandonar la lucha pacífica. Un día reivindicaban el derecho al aborto (entonces ni siquiera despenalizado) y otro los derechos de los animales (concretamente contra los *Toros al mar*, tan festejados en su pueblo natal). Y yo la seguía.

La acompañaba, más que seguirla. Desde bien niña. Porque desde temprana edad yo estuve a su cargo. Por horas, por días. Mis padres trabajaban y, cuando sus turnos no permitían que tuviera compañía y cuidados, me dejaban con mi tía o con mi abuela. Yo a mi abuela la quería mucho, me dejaba hacer cuanto deseaba, me preparaba succulentas comidas y meriendas, me besaba y adulaba a todas horas. Yo era entonces su única nieta y me adoraba. Y yo a ella. Pero con mi tía, no sé cómo decirlo, era otra cosa. Estar con ella era una aventura, era como adentrarme en un bosque donde abrirme camino entre

los árboles, y jamás ambicionaba encontrar pronto la salida. Al menos así ocurría en el tiempo en que ella estudiaba en el instituto y yo todavía iba al colegio.

Después Elia marchó a la gran ciudad a estudiar la carrera, a compartir piso con varias compañeras, algunas de ellas se convirtieron en amigas. A dedicar horas sin descanso a las lecturas y al trabajo en la pizzería, cuando concluían sus clases en la facultad, cada día. A mandarme postales de lugares lejanos donde codiciaba trabajar, en un futuro, cuando se licenciara y la contratasen. Descubriría tesoros (me decía en aquellas misivas) en tierras abandonadas, en zonas remotas, en los vestigios de culturas antiguas que ella ayudaría a descifrar, para comprender el mundo que nos antecedió y el que vivíamos casi a ciegas y a trompicones. Y yo recibía esos mensajes casi febriles, ilustrados con bellas y misteriosas imágenes del pasado, como un regalo y una promesa. Como el anticipo de una nueva era que habría de recomponer el mosaico despedazado del pequeño universo en el que vivíamos. Y engrandecerlo, y mejorarlo.

Al terminar la carrera regresó al pueblo y se puso en marcha. Buscando trabajo en lo suyo, en lo que había estudiado. Entregó currículums a diestro y siniestro, se presentó a oposiciones, se apuntó en bolsas de trabajo. Y no consiguió ejercer su profesión, en muchos años. Mientras tanto, trabajó en lo que pudo. Repartiendo propaganda, limpiando casas, limpiando jardines y parques para el ayuntamiento, y, sobre todo, en la hostelería, en verano. Servía mesas en bares y restaurantes en las fiestas del pueblo. Mientras las mesas se llenaban de aldeanos y turistas, ebrios y entusiasmados, que aplaudían cada vez que un toro caía al agua, acuciado por los corredores que lo precedían y lo incitaban hacia el borde de la explanada, para hundirse el animal sin remedio en el azul salado del mar. Un mar que no sabía reconocer su cuerpo y lo hundía en sus entrañas

sin pretenderlo, escupiéndolo rápidamente hacia arriba para que flotara y lo liberara de sus fauces aquellos que no habían tenido la empatía que hubiera hecho falta al lanzarlo. Y mi tía miraba hacia otro lado, para no ser testigo directo del sufrimiento del animal, para no tener que abandonar el trabajo que permitía paliar su hambre y pagar su alquiler. Para tener que morderse la lengua y las ganas de tirar la bandeja y sujetar bien alto su pancarta. Y yo la veía trajinar, con la sonrisa abierta a los clientes, con la mirada opaca en sus ojos, con el deseo aprisionado en su interior: marchar y no poder.

A medida que avanzamos el paisaje se vuelve más llano y sombrío, atravesamos la extensa meseta de pinceladas ocres y marrones bajo el azul turbio de un cielo apesadumbrado. O quizá es mi ánimo afectado el que mira a las alturas con el tamiz de un duelo todavía por resolver. Violeta parece pensar algo parecido cuando deja de mirar a través de la ventanilla y me incita a cambiar de escenario clavando sus ojos en los míos.

- ¿Un café? -le pregunto.
- Que sean dos: el tuyo y el mío.

Sonreímos ante su respuesta, una frase hecha para nosotras. Una expresión familiar, heredada de su madre, de mi tía. Ahora ya es nuestra y queremos materializarla en la cafetería del último vagón del tren, con dos cucharadas de azúcar. Alba duerme, descansando sobre el pecho de su padre, cobijada entre sus brazos. Damián no quiere despertarla y ladea levemente la cabeza para invitarnos a marcharnos en silencio.

El vaivén del tren de alta velocidad casi nos hace derramar el café sobre el mostrador, pero lo hemos salvado a tiempo. Ojalá fuese tan fácil salvar como ahora lo que perdimos a destiempo. Saberlo con antelación, actuar a conciencia, poner nuestras manos al

servicio del cuidado. Debo tomar el café y no pensar tanto. Soplo primero cerca del vaso, quema. Mi prima me imita a tiempo. La negra amargura del grano molido se mezcla con la blanca dulzura de la cristalina sacarosa. El presente y sus contrastes. El pasado cada vez más cerca de ofrecer su nueva cara, de confirmar o falsar una certeza.

- ¿Cuánto queda para Santiago? -quiere saber mi prima.
- Poco, un par de horas.
- Eso es mucho -se impacienta removiendo con ansia la cucharilla

en el vaso.

- Es poco comparado con las horas que llevamos de viaje.
- Ya, según se mire -concluye con calma probando el primer sorbo.
- Tienes ganas de llegar, lo entiendo. Yo también -creo que lo he

pronunciado con la misma convicción que mis momentáneas expectativas:

pocas.

- ¿Crees que lo encontraremos?

No lo sé, Violeta. Pero el viaje merece la pena, ¿no crees? -ahora mi prima dibuja una sonrisa cuyo trazo se descubre tan solo en la comisura de sus labios. Sus ojos sonríen de otra forma, tintineando no se si de esperanza o de emoción.

Hubieron de pasar años hasta que mi tía pudo tirar la bandeja y marchar al encuentro de su mejor hallazgo. Encontró trabajo en Galicia, de lo suyo. Llevó como equipaje una mochila bien llena, de lo que necesitaría en su estancia y de mucho entusiasmo. Los aldeanos y turistas que encontró en su viaje pensaban que estaba haciendo el camino de Santiago. Ella ni afirmaba ni desmentía, se dejaba acompañar por

los peregrinos en su trayecto, a fin de cuentas, se dirigía a Santiago de Compostela como ellos y, como ellos, disfrutaba también del camino compartido. Hasta que sus rumbos se separaron: para los caminantes la llegada a la ciudad compostelana era el final, para ella el principio.

Allí residiría durante varios meses, el tiempo que le ocupó su trabajo de arqueóloga, sondeando y restaurando un enlosado que se presagiaba unía dos aldeas desde tiempos anteriores al periodo románico.

Su trabajo consistía en eliminar la tierra nueva hasta encontrar la tierra antigua. Algo así como el proceso de sedimentación que realiza la naturaleza. Solo que sus manos y sus herramientas habían de eliminar con cuidado el material sobrante, para no erosionar el material que soportaba el peso débil y fragmentado de lo antiguo. Debía conducirse como un viento benigno, como una brisa suave, nunca como la corriente de un río cuesta abajo que arrastra toda suerte de materiales en su lecho sin permiso ni piedad.

En esas se encontraba, apartando suavemente con la brocha los restos que había dejado el paletín sobre la piedra, con tiento para no dañar el fruto de su hallazgo, cuando escuchó la voz del compañero que se acercaba con la carretilla a retirar la tierra nueva:

- ¡Al fin salieron las piedras escondidas! Si sigues cepillándolas así las vas a dejar más relucientes que unas peladillas -su voz era alegre, su acento una rara mezcla entre gallego y andaluz.

Elia interrumpió su tarea para mirar de frente a ese extraño personaje. Era un joven espigado y un poco desgarbado, de cabellos algo largos y oscuros, con barba de tres días en un rostro afilado de sonrisa permanente. Él también la miraba, se fijaba en sus rizados cabellos rubios, en sus ojos azules, en su cuerpo pequeño y delgado, en sus manos

blancas, como si quisiera retener cada uno de sus rasgos en una sola imagen para pintarla en un lienzo, sin dejar de trajinar con la carretilla ni de sonreír.

- ¿Qué pasa? ¿No eres tú de la tierra de las peladillas?

- Más o menos – también ella debía tener su acento, según parecía. Eso pensó volviendo a la brocha, no sin devolverle antes la sonrisa.

Al día siguiente volvieron a coincidir al realizar sus tareas. Elia siguió apartando la tierra sobrante de las piedras y, esta vez, él con ella. Tuvieron tiempo para conversar, para saber el uno del otro. Camilo, se llamaba el joven. Su padre, andaluz, conoció a su madre en uno de sus viajes a Galicia como camionero. Ella era entonces una chiquilla y trabajaba en el campo las pocas parcelas que tenía su familia de trigo y centeno. El noviazgo se mantuvo oculto hasta que sus padres se enteraron y, como era de esperar, se opusieron. No querían que uno de fuera se llevara a su hija para otro lado. El padre de Camilo no se la llevó, se quedó con ella en su casa y en su tierra, hasta que pudieron tener casa propia después de casados.

Camilo, como Elia, soñaba con marcharse a descubrir tesoros ocultos en tierras lejanas, en lugares insospechados. Las expectativas de mi tía se habían reducido con el paso infructuoso de los años, aunque crecían de nuevo ante el presente que al fin vivía en el desempeño tan ansiado de su oficio. Camilo no era ajeno a las dificultades que ofrecía su profesión a la hora de encontrar trabajo, pero su juventud y su espíritu aventurero estaban más intactos que los de su compañera de trabajo y sus aspiraciones no temían los escollos que pudieran desviar su rumbo. Elia intentaba no mermar sus aspiraciones, incluso le divertía potenciarlas, viajar con él, aunque fuese como un sueño,

o como una promesa. No eran ningunos críos, ella se acercaba ya a los cuarenta y él a los treinta. Pero soñar es gratis y a los dos les enriquecía el juego.

Una tarde se entretuvieron recogiendo el material de trabajo. El sol se desdibujó más allá de los suaves montes y ellos se quedaron solos entre las dos aldeas que podían quedar unidas por las viejas piedras que estaban rescatando del olvido. Fue entonces cuando el hallazgo encontró el camino hasta ellos, sin pretenderlo.

Bajamos del tren y nos confundimos con los peregrinos que llegan a la ciudad compostelana, también como nosotros, cargados con sus mochilas. Como le sucediera a Elia dieciocho años antes, parece que a todos nos une un mismo destino, pero no es así. Nuestro trayecto no se detiene en Santiago, nos dirigimos a la estación de autobuses para acercarnos a una aldea.

En el trayecto a la estación, paramos en un bar para reponer fuerzas, aunque Alba ha merendado y es pronto para cenar, preferimos aprovechar por si después se nos hace tarde. Todos, además, tenemos hambre. Nos queda todavía tiempo antes de que nuestro autobús parta hacia donde iremos. Pedimos unos bocadillos, unos ribeiros y dos refrescos, además de una ración de pulpos a la gallega a la que no hemos podido resistirnos. Alba no los ha probado nunca y olfatea el platillo con curiosidad antes de probar el primer taco. Después lo mastica despacio, se diría que con cierta aprensión en un principio. Tras la impresión inicial, nos sorprende repitiendo con mucho gusto. No podemos más que reír y celebrar su entusiasmo, no es ella muy de probar platos nuevos y esta vez nos ha sorprendido agradablemente a todos. En eso es más atrevida que yo, al menos cuando tenía su edad (de pequeña era bastante tiquismiquis con la comida),

por lo demás, es clavadita a mí en carácter y en aspecto. Con la misma curiosidad por todo y los mismos rizos rojos y la piel blanca y pecosa como la de mi padre.

Cuando terminamos charlamos un poco sobre lo que haremos, Damián es el primero en proponer ideas:

- En poco menos de dos horas llegaremos. Será mejor que montemos la tienda de campaña enseguida, antes de que nos pille la noche. Ya mañana, después del desayuno, nos acercaremos con calma a la aldea. El camping no está muy lejos y podremos ir andando.

- ¿Y si no encontramos la casa? -Violeta tiene sus dudas.

- La encontraremos -contesta con seguridad Damián-. No hay pérdida, mira, tiene que estar por aquí – le indica con el dedo índice señalando una zona en el plano.

- Otra cosa es que encontremos a alguien dentro, cuando lleguemos- advierto yo.

- Y entonces, ¿qué hacemos? -pregunta mi prima.

- Esperar a que llegue alguien -responde con serenidad mi marido.

- ¿Y si no nos quieren recibir? - Violeta juguetea nerviosa con sus lacios y negros cabellos, como si quisiera hacerse una cola de caballo, soltándolos después libremente sobre su espalda. Está nerviosa y lo entiendo.

- Nos recibirán, puedes estar tranquila – le digo convencida.

- Debimos llamarles primero por teléfono...

- Violeta, ya lo hemos hablado otras veces. Estas cosas no se dicen por teléfono, es mejor comunicarlas en persona.

- Lo sé, lo sé – mi prima cabecea inquieta-. Pero es que, así de golpe...
- No te apures -Damián la tranquiliza-. Lo diremos poco a poco, mujer.

Primero nos presentamos y después ya vamos viendo.

- Después pasará lo que tenga que pasar. Lo primero es conocerlos y darnos a conocer.

- ¿Y lo segundo? – Violeta me insiste, como si lo preguntara por vez primera.

- Ya lo sabes -le digo descansando mi mano sobre la suya-. Lo segundo es alegrarnos de haber venido. Y lo que venga después no lo podemos saber, pero seguro que será mejor que la incertidumbre de ahora.

Curiosearon el trabajo realizado aquella tarde en que quedaron a solas, observando con detalle cómo sobresalían las antiguas piedras, dibujando el trazo intermitente que uniría las dos aldeas. La tarde iba cediendo, dando paso a la semioscuridad de una noche que se antojaba luminosa por una luna que ya asomaba entera en un cielo despejado. Rastrearon entre las excavaciones realizadas junto al enlosado de piedras, donde se recobraba un camino de carros (la presencia de huellas de ruedas en la tierra eran la muestra fosilizada de su antiguo uso). Fue entonces, cuando la luna iluminó esa zona, que vislumbraron un destello entre la tierra.

Camilo se agachó intentando extraer aquello que refulgía entre las oscuras entrañas del viejo camino. Estaba bien engarzado en el agreste pavimento y no podía desprenderlo con los dedos, a riesgo de quebrarlo o perderlo.

- Espera, voy a por los materiales – le incitó mi tía.

- Bien, pero no tardes.

Tuvo que tragarse profesionalmente su impaciencia. Elia acudió en cuanto pudo a su lado, bien provista de linterna, paletines y brochas. Comenzaron a realizar el trabajo de extracción ayudándose mutuamente, con la constancia y el mimo adecuado a la tarea. Poco a poco el objeto hallado chispeaba con mayor fuerza, desprovisto de la dureza del material que lo aprisionaba. Hincaron los paletines, por los costados de su perímetro, ahuecando el fondo terroso que protegía la pieza casi ya limpia ante sus ojos. Hicieron palanca suavemente bajo su base hasta extraer del antiguo pavimento lo que parecía ser una moneda. Limpiaron muy despacio el sello con la brocha y descubrieron el busto de una joven, de perfil, con el pelo ondulado y recogido en la parte superior por una diadema y en la inferior por un moño. En el reverso de la moneda, una vez limpiada, descubrieron a la misma joven sentada en un trono mirando hacia la izquierda, se diría que dando de comer a una serpiente situada en un altar redondo.

- ¡Este hallazgo no lo esperábamos! – Camilo estaba exultante, con los ojos refulgentes como la propia moneda que descansaba entre sus manos.

- ¡Debe ser una moneda romana, y es tuyo el descubrimiento, Camilo! – Elia sonreía con la misma alegría del compañero, aunque pronto cambió su gesto de felicidad por otro más precavido-. Mañana mismo debemos comunicarlo al equipo, concretamente a nuestro jefe. Seguramente se alegrará del descubrimiento, pero no de habernos tomado nosotros la licencia de escarbar sin su permiso, fuera de horario y sin su supervisión.

- Tienes razón – concedió su compañero sin perder la sonrisa en su rostro.

Pero eso será mañana. Ahora debemos celebrar nuestra hazaña, los dos hemos sido artífices de este descubrimiento. Anda, ven aquí Elia, dame un abrazo.

Ella obedeció la petición, con mucho gusto. Estaba tan exultante como él, aun a pesar de su prevención, y se acercó a Camilo en ese abrazo que unía sus cuerpos y su alegría. Sus manos apretaron con firmeza su espalda, su nuca. Sus labios besaron sus mejillas y él hizo lo mismo con las suyas. Entre las risas y la efusividad sin freno siguieron sin separar sus cuerpos, en lo que ya no era un abrazo sino una caricia. Una exploración mutua bajo sus ropas, un acercamiento ansiado hacia el descubrimiento del otro, tersando pieles y mezclando fluidos en el goce compartido.

La moneda resultó ser de plata, y el relieve de Augusta la menor. Estaba acuñada en Roma, datada en la época de Marco Aurelio (161-175 d. C). Sin duda un hallazgo memorable, del cual no figuraría el nombre de Camilo como descubridor ni el de Elia como ayudante. El mérito se lo llevó el equipo, en general, y el jefe de éste, en particular. Con una felicitación (a regañadientes) a los descubridores y una reprimenda (a conciencia), también a los dos, por trabajar por cuenta ajena y sin permiso.

No importaba, los insurrectos sabían de su odisea, la pública y la privada, y eso les bastaba. Cada noche, desde entonces, volvieron a celebrar su descubrimiento con la misma entrega y el mismo disfrute en sus ánimos y en sus cuerpos. Hasta que llegó el día en que el camino entre dos aldeas quedó totalmente al descubierto y sus propios caminos hubieron de separarse.

Camilo no obtuvo la autoría de su hallazgo, pero sí el respaldo de su jefe que le ofreció otro trabajo de inmediato. Se trataba de un proyecto más largo y costoso, en la

India, para rescatar antiguas civilizaciones fluviales de la edad de bronce. Quiso que mi tía lo acompañara, su jefe también era el suyo y sabía de su colaboración y, por qué no decirlo, también de su buen hacer como arqueóloga. Había llegado el momento de marchar juntos a cumplir un mismo sueño. Pero ella no quiso ir en busca de otro hallazgo.

El mejor hallazgo estaba en su interior. Sin buscarlo, sin anhelarlo, sin esperarlo. Sin querer obviarlo. Y deseaba atesorarlo. Guardarlo dentro durante un tiempo. Dejarlo crecer. Y encontrarlo un día a su lado, limpio del fluido que lo conservó como protección y alimento. Para sentirlo palpitar entre sus brazos, junto a su pecho. Este hallazgo tampoco llevaría la autoría de su gestor, no quiso detener los todavía jóvenes y anhelantes pasos que abrían su camino.

El camping está tranquilo, apenas habitado por algunas familias en varios bungalows y una caravana, también hay unas pocas parejas dispersadas aquí y allá en sus tiendas, en diferentes parcelas. A lo lejos se escucha el ladrido de un perro que juega divertido con sus humanos, me acuerdo de Tom y también de nuestros gatitos, Pot y Buf, tan bien avenidos todos a pesar de lo que se pudiera suponer. Apenas llevamos dos días separados y ya los echo de menos, pero me tranquiliza saber que estarán bien cuidados por mis padres.

Damián, Violeta y yo nos disponemos enseguida a montar nuestras tiendas de campaña. Una para mi marido y para mí, otra para mi sobrina y mi hija; han querido ellas compartirla y no ha habido manera de hacerles cambiar de opinión, aun a pesar de que queríamos montar una individual para Violeta y que Alba durmiera con Damián y

conmigo. Mi pequeña está muy contenta con la idea, con el lugar, con la nueva experiencia que comienza a vivir. Su entusiasmo es el de quien abre un regalo inesperado, rompiendo el papel a zarpazos, sin poder reprimir el ansia de descubrirlo y disfrutarlo.

Antes de que caiga la noche, y la luna asome por encima de las colinas con su aureola de nácar, ya estamos sentados en corro a lo indio, como si estuviéramos alrededor de una hoguera fumando la pipa de la paz, o como si quisiéramos entrar en meditación haciendo yoga; pero no hacemos ni una cosa ni otra, simplemente charlamos relajadamente.

Violeta sabe muchas cosas de su madre, pero siempre quiere saber más. En este viaje su inquietud está más despierta y sus preguntas son más acuciantes. Las formula una detrás de otra, casi sin pestañear.

- ¿Tuvo muchos novios mi madre?

La cuestión planteada no es nueva, pero requiere, eso sí, un nuevo matiz esta vez en su respuesta. Es lo que pienso en este momento, así que le contesto:

- Novio, quizá, no es el concepto adecuado. Elia nunca quiso casarse, y no le agradó demasiado que yo lo hiciera - Damián no es ajeno a esa impresión y me ofrece una sonrisa de complicidad recordando cómo me afectó no contar con la aprobación de mi tía-

- Pero fue a tu boda, y también yo – mi prima frunce el ceño, contrariada.

- Sí vino, cambió de opinión al poco tiempo. Y no quiso que tú te la perdieras. Sin embargo, en su caso, lo tenía muy claro. Desde bien joven nunca quiso comprometerse, era... ¿cómo decirlo? Un espíritu libre, diré utilizando sus

propias palabras. Lo cual no impidió que tuviera parejas en diferentes épocas de su vida, ni tampoco impidió que quisiera que durasen.

- Entonces, ¿por qué no duraron? – Violeta pregunta mirando hacia otro lado, como si necesitase dar un rodeo a su inquietud más profunda. Damián ya sujeta a Alba en brazos, decide acostarla en la tienda para que descanse y para ofrecernos más intimidad en nuestras confidencias.

- No puedo saber por qué no duraron. Ni yo ni nadie. Creo que las personas nos relacionamos con otras personas sin mirar la fecha de caducidad. Más que nada porque no está escrita. Simplemente hay ocasiones en las que las relaciones se mantienen en el tiempo. Y otras que terminan.

- ¿Porque no funcionan?

- Algunas, supongo. Otras porque nos impiden seguir nuestro camino de la forma que queremos recorrerlo.

- ¿Es lo que le ocurrió a mi madre con mi padre? -ahora su mirada, como su pregunta, es directa.

- En cierta forma. Tu madre no quiso que tu padre cambiara su rumbo, ni quiso ella cambiar el suyo. Te tuvo sola por decisión propia y te crio lo mejor que supo. Y nunca se arrepintió de haberlo hecho, al contrario.

- Eso lo sé. Pero... - vuelve a mirar hacia otro lado, ni siquiera sabría decir a dónde.

- Violeta - pronuncio su nombre como si la llamase de lejos, así de perdida la encuentro por un momento-. Las cosas podrían haber sucedido de otro modo, es cierto. Pero no podremos saber nunca de qué modo. Cómo hubiese

reaccionado tu padre de haber sabido que lo era... eso nunca lo sabremos. Que a tu madre le hubiese gustado que lo conocieras ahora... seguramente.

- Ahora, justamente, porque ella ya no está. Porque me he quedado sola - baja la cabeza, como si le pesara o como si no quisiera mirar hacia adelante.

- No estás sola – descanso mi mano sobre la suya, ella se deja-. Nos tienes a nosotros, y a tus tíos: mis padres. También tuviste a tu abuela mientras vivió, hasta hace bien poco. Si tu madre hubiese querido que algún día conocieras a tu padre, este es el momento. Recuerda que ella misma iba a reunirse con él después de tantos años sin verse. Iba a venir aquí, a visitarlo en casa de sus padres.

- Pero no podemos saber por qué quería verlo -su mano asiendo la mía, con la fuerza de su incertidumbre.

- Pero sí sabemos que lo quería volver a ver. Después de tantos años, esa certeza ya indica un acercamiento importante. Y ese gesto te ha de servir a ti para avanzar.

- Fue él quien le escribió la carta para quedar aquí en Galicia. Quizá solo quiso quedar con ella porque añoraba el pasado, cuando trabajaron juntos en estas tierras...

- O quizá quiso que regresara para pasar más tiempo con ella, ahora que él había llegado para quedarse. O quizá quería conocerte, siempre preguntaba por ti en sus cartas.

- ¿Crees que lo sabía?

- ¿Qué eres su hija? No lo sé.

- Y ahora, ¿le gustará saberlo?

- Tampoco lo sé. Mañana sabrá que ha perdido para siempre a su antigua compañera, a su gran amiga, a la madre de su hija.
- Una gran pérdida -reconoce Violeta con ojos tristes.
- Y un gran encuentro – reconozco yo mientras sus ojos centellean.

Ya casi nadie recibe cartas en el buzón. Facturas y propaganda, eso sí. Pero cartas, ni siquiera mi tía las mandaba. A ella siempre le gustó mandar postales. No era mucho de escribir, con unas líneas le bastaba para informar de sucesos y sentimientos. Y, si las palabras no eran suficientes, el destinatario siempre podía dar la vuelta a la postal y recrearse mirando la imagen del anverso. Eso hacía yo, cada vez que recibía una postal suya cuando andaba lejos. La última que recibí, sin embargo, fue el reverso lo que atrapó mis ojos durante largo tiempo. Tuve que leer la última frase una y otra vez, sin alcanzar a comprender la magnitud de su significado. Intuyendo que aquellas letras escondían más de lo que revelaban. Pero sin poder averiguar, todavía, si el hallazgo que me anunciaba tenía que ver con su trabajo o con su vida.

No tardé en averiguarlo. Lo que tardó en llegar mi tía de Santiago de Compostela hasta Valencia. Fueron a recogerla a la estación mis padres, y yo con ellos.

Aprovechamos el día en la capital y, por la tarde, nos acercamos a la estación de Pintor Sorolla para recibir a Elia con todos los honores.

Ella no estaba acostumbrada a tales recepciones, solía viajar sola y cargar de forma autónoma con su equipaje. Sin embargo, esta vez no se opuso a que fuéramos a recogerla, cuando se enteró de que así queríamos hacerlo. Nada más verla bajar del tren lo supe, lo que había ocurrido había cambiado su vida. Parecía otra. Se le notaba en la

cara, en su sonrisa eterna, en la mirada nueva. Estaba radiante, reluciente, diría. Estar alegre formaba parte de su naturaleza, pero estar como estaba ella ese día, así de exultante, eso era otra cosa. No tardé en conocer el motivo de su júbilo.

Me enteré en el baño. Un lugar prosaico, pero conveniente para confidencias apresuradas. *Cintia, estoy embarazada*. Me dijo, una vez hubo cerrado la puerta del lavabo, con los ojos bien abiertos. Supe que iba en serio por eso, por la forma que tuvo de mirarme, y porque no hizo chiste con mi nombre sobre el asunto. Como no reaccioné con ningún comentario (y, supongo, con ningún gesto), volvió a decirme lo mismo que me había anunciado hacía un minuto escaso: *Cintia, estoy embarazada*.

Su alegre insistencia me anunciaba, también, que su embarazo era una sorpresa y un deseo a partes iguales. Así que esperaba compartir su alegría conmigo. Yo, sin embargo, seguía sin saber qué decir ni qué cara poner. Al fin me atreví a preguntar:

- ¿De cuánto estás?
- De dos meses.
- ¿Y estás segura?
- Cintia, me he hecho la prueba cuatro veces. No estoy segura, estoy

muy pero que muy segura – ante mi aparente incredulidad su alegría se convirtió en sospecha-. ¿O acaso piensas que ya estoy menopáusica?

- Elia, no te pongas susceptible, yo no he dicho eso.
- Pero lo piensas – no lo dijo con dureza, sino suavizando el tono-

No te apures, yo también lo pensé, a mi edad algunas ya pierden definitivamente el periodo. Pero no es mi caso. Quiero decir -continuó con el entusiasmo anterior-, lo he perdido momentáneamente porque estoy

embarazada. ¿No te parece todo un hallazgo lo que tengo aquí dentro? – me preguntó volviendo a abrir los ojos como platos y sujetando con ambas manos su vientre.

Mi tía nunca había tenido una pareja estable que le durase más de dos años, la mayoría ni eso, varios meses a lo sumo. Tampoco era de relaciones esporádicas de una noche. Si no necesitaba comprometerse con alguien de por vida... ¿cómo iba a comprometerse con un nuevo ser para siempre? Mi tía, que había encabezado las principales manifestaciones a favor de la despenalización del aborto, que había realizado un sinnúmero de trabajos allá a donde la necesidad y su anhelo la llevasen. Que no se conformaba con nada ni con nadie, que era culo de mal asiento, que la rutina se le caía encima como una losa, que codiciaba aventuras por conquistar cada día para el resto de sus días. Esa misma tía mía estaba ante mí, en el reducido retrete de una estación de ferrocarril, anunciándome que esperaba un hijo.

A deducir por las postales que me envió los meses previos desde Galicia, no podía ser otro el padre que Camilo, del cual ya me había hablado en los últimos envíos sin cesar. De su gracejo al hablar, con ese acento suyo tan peculiar entre gallego y andaluz.

De su buen humor, que siempre tenía un chascarrillo a mano, entre viejuno e infantil. De su cuerpo larguirucho, pero bien proporcionado y algo desmañado, a lo Daniel Day-Lewis en *El último mohicano*. De su profesionalidad al trabajar, juntos o por separado. De cómo se le pasaban las horas volando a su lado, de los sueños compartidos, de las noches bajo las estrellas insomnes y satisfechos hasta que salía el sol.

Nunca se había planteado tener un hijo y, sin embargo, ahora que se gestaba en su interior, no podía evitar querer tenerlo. Así me lo contó entre aquellas estrechas paredes,

así me lo anunció, con la alegría del principio. No era algo racional, o, no solo racional. Era algo que sentía con una fuerza inconmensurable, con una ansia desconocida y benigna. Conocía su deseo en el mismo momento de atraparlo, así, sin previo aviso. Con la certeza de no querer renunciar a lo que ya tenía, a lo que acabaría por formarse en su propio cuerpo para sacar a la luz otro cuerpo, otra vida. No habría muchas más oportunidades a su edad, a las vísperas, casi, de cumplir los cuarenta. Pero no era solo eso lo que la empujaba a seguir con el embarazo, era la ilusión la que la movía a seguir hacia adelante. Las ganas de tener esa criatura del amor que había nacido entre ella y otro ser tan libre, o más, que ella misma. Quería tener ese hijo porque sería también hijo de Camilo. Quería tenerlo porque ya lo quería, incluso, antes de conocerlo. Lo mismo que le pasó con el padre. Pero él quería en ese momento otras cosas, y no sería ella quién empañara sus ilusiones anunciándole un acontecimiento que pudiera frenarlas, obligándole a estar donde ni siquiera había soñado estar.

No fue fácil comunicar la noticia al resto de la familia. Elia ya era una mujer adulta y podía tomar sus propias decisiones, aun así, parecía necesitar la aprobación de los suyos, todavía, en cada uno de sus actos. Su madre (mi abuela), creyó que se precipitaba, sabía que su defensa del aborto no era un imperativo, que la hija estaba solo a favor de interrumpir un embarazo no deseado y, aunque le costaba entenderlo, lo respetaba. Pero es que ese embarazo lo deseaba más que nada, le aseguraba Elia. Acabó por comprenderlo, no así su padre (mi abuelo). Él creía que la hija iba a complicarse la vida de mala manera y que se arrepentiría de su decisión pasado el tiempo, cuando se diera cuenta, precisamente, de cuánto tiempo le iba a consumir la criatura que habría de criar ella sola con mucho esfuerzo.

Mi abuelo no pudo ser testigo de eso, falleció al poco de nacer Violeta. Y, aunque nunca pareció acabar de entender por qué su hija tomó la decisión más importante de su vida de aquella forma, se alegró de poder conocer a su segunda nieta y poder acunarla durante unos meses en su regazo. Mi abuela fue con la nueva nieta tan solícita y amorosa como lo fue conmigo, hasta bien mayor, cuando las fuerzas ya le menguaban y el peso de los años se hacía cuesta arriba en su camino. Tuvo la dicha de acompañarla, verla crecer y cuidarla en cuanto pudo.

Las amigas reaccionaron de forma diversa. Las de la Facultad no pudieron cambiar el asombro por el entendimiento. No entendían cómo, cuando al fin Elia encontraba trabajo en lo suyo, se lanzaba en la aventura de traer al mundo una vida sin tener la seguridad de un trabajo estable y con el hándicap, precisamente, de no poder conseguirlo por tener que cuidar de la nueva vida.

Las amigas, y los amigos, del pueblo reaccionaron de otro modo. Quizá conocían a Elia mejor, o, al menos, durante más tiempo. Sabían que cuando ella se proponía algo no paraba hasta conseguirlo. Y sabían, también, que continuar con su gestación no había sido un capricho ni un arrebato en ella, sino una convicción bien firme que habría de reportarle muchos problemas, pero también muchas alegrías porque era fruto de su voluntad y de su carácter apasionado.

Yo me encontraba a mitad camino entre unos y otros, entre la aceptación y el asombro. Quizá alimenté de niña una imagen de mi tía idealizada. Ese espíritu libre que ella invocaba y yo descubría en cada uno de sus actos, parecía desdibujarse con la necesidad de apaciguarse para cuidar a otro ser. Como si su hija pudiera cortarle las alas. No entendí, entonces, que mi tía quiso cambiar su vuelo con un giro radical. Y lo hizo

porque quiso y como quiso. Supongo, no obstante, que no era solo eso lo que me frenaba a la hora de aceptar que mi tía quisiera ser madre. Supongo que aquella niña que un día fui, seguía viendo a mi tía como una hermana mayor, como una guía. Temiendo perder mi referente, mi modelo, su protección.

Pero a mí también me tocaba cambiar de rumbo, crecer, valerme por mí misma. Y eso hice. Al fin me lancé a abrir mi propia consulta de lo que había estudiado: veterinaria. Lo hice con mis ahorros, ganados en múltiples trabajos en los años que precedieron, pero también con la ayuda de mis padres. Montar mi propia consulta era un riesgo enorme, pero no pude negarme por más tiempo y me atreví a hacerlo. No pude abstenerme a intentarlo, después de ver como mi tía se lanzaba a su aventura de ser madre soltera, costase lo que costase. Eso me animó, aunque no estuviera del todo de acuerdo con su decisión. Yo siempre pensé que Camilo debía saber que tenía una hija, a pesar de la diferencia de edad y los kilómetros que había entre él y mi tía. Elia siempre pensó que él debía seguir su propio camino, quién sabía entonces si volverían a encontrarse, ni si la distancia que los separaba se acortaría en algún punto coincidente.

Aquellos años fueron vertiginosos, inciertos y, también, motivadores. Además de ocuparme de mi consulta (después de meses preparando el local y anunciando la apertura), me ocupaba de mi prima. Por horas, por momentos, porque quería. Quería ayudar a mi tía como hiciera ella conmigo cuando yo era una cría. También quería estar cerca de aquella criatura tan bonita, tan morena como su padre, tan vivaracha como su madre, que era tan familia mía como yo de ella. Mis padres también ayudaban cuando podían y, sobre todo, mi abuela que también era, por supuesto, la de Violeta.

Los amigos de Elia también echaban una mano en cuanto podían, todos estaban encantados con la niña, no era la primera de la cuadrilla, pero sí la de una familia monoparental. Dora se ocupaba de llevarle la comida y cualquier cosa que necesitara del supermercado donde trabajaba; además de amigas Dora y Elia eran vecinas, vivían una en frente de la otra en la misma placeta y se veían prácticamente cada día, compartiendo confidencias, ilusiones y risas. Remei se quedaba con la pequeña las tardes que tenía libres, ponía orden en el piso y cuando llegaba Elia del trabajo no la dejaba protestar por todo lo que había hecho. Clara ya no vivía en el pueblo, pero, cada vez que acudía, pasaba por su casa con algún juguete para la niña o algún regalo para la madre. Eva y Sara sacaban a pasear a la pequeña por el parque, cuando acudían con sus hijos y Elia no podía. Y Miguel la sacaba a cenar fuera de casa, algunos sábados, aunque fuera a tomar una pizza (la chinchaba entre risas recordando su antiguo trabajo), aunque después acabaran tomando unas tapas cerca de la placeta con toda la cuadrilla. Todo ello también contribuyó a que Elia pudiera trabajar en lo suyo. Aunque no desde un principio.

Quiso amamantar a su hija y cuidarla ella sola los primeros meses. Pudo hacerlo con cierta tranquilidad mientras cobró el paro. Después tuvo que ponerse de nuevo a trabajar, entonces fue cuando nos volcamos todos en ayudarla. Trabajó en lo que le salió, como en otro tiempo, para ganar dinero y seguir adelante. Hubieron de pasar algunos años hasta que consiguió algo mejor. Fue cuando pudo dejar a Violeta en la guardería y ganó tiempo para seguir preparándose en lo suyo, haciendo cursos de especialización, en las horas que le quedaban libres en los diferentes trabajos que iba enlazando. Para cuando Violeta ingresó en primaria ya su madre trabajaba como arqueóloga en su propio pueblo, en los yacimientos de una alquería islámica que encontraron en el subsuelo de la basílica cristiana.

Recuerdo esa época como una de las más felices que vivió mi tía. Al menos así lo percibía yo. Elia trabajaba en lo que le gustaba, Violeta crecía confiada y curiosa, familia y amigos participábamos de ese tiempo de azúcar que nos envolvía a todos, como si flotásemos en una nube algodonosa y rosácea, con la alegría constante de ver la evolución satisfactoria de madre e hija.

Sin embargo, las cosas cambiaron cuando Violeta entró en la adolescencia. Aunque compartía muchas actividades, aficiones y anhelos con su madre (lo mismo acudían juntas a un club de lectura que a una manifestación en favor de los derechos de los animales), esa etapa de cambios físicos y anímicos no dejó indiferente a mi prima. Fue en ese periodo cuando empezó a subrayar las preguntas que ya se hiciera de niña, a notar con mayor fuerza el peso de una ausencia que jamás se hizo presente. A querer saber, entender, descubrir. Lo que siempre había quedado postergado, en entredicho, encubierto. Y no es que Elia no le hablara de ello en el pasado, bien que lo hizo desde el principio, desde que su hija comenzó a decir papá y papá no estaba. Pero las palabras mágicas de entonces ya no servían, eran insuficientes para el intelecto maduro y ansioso de la adolescente.

Por entonces, Elia ya no trabajaba de arqueóloga. Pudo haber seguido, pero no quiso. Hubiera tenido que abandonar el pueblo, dejar a su hija o llevarla consigo. No quiso aumentar la incertidumbre de la hija con cambios repentinos y, seguramente para Violeta, no deseados. Pero había que seguir trabajando, así que aceptó una oferta del ayuntamiento, aunque no fuera su especialidad, estaba capacitada para hacerlo. Era un trabajo administrativo, estable, seguro. Aburrido y pesado. Pero trabajo, al fin y al cabo. Se pasaba el tiempo archivando documentos, redactando informes, atendiendo a los

ciudadanos que acudían a llevar, precisamente, esos documentos que ella después había de archivar. Resolviendo problemas ajenos sin saber cómo resolver los propios.

Hasta que un día recibió una carta como un regalo, de esas que ya casi nadie manda, redactada a mano y de una persona muy querida.

Camilo dejaba de viajar de país en país para instalarse en su pueblo natal, para siempre. Le habían ofrecido un trabajo fijo en Santiago de Compostela, en la Escuela de Arqueología. En principio viviría con sus padres, la aldea no quedaba lejos de la ciudad, podría desplazarse cada día y, entre tanto, buscaría casa propia.

Elia tardó más de una semana en atreverse a contestar aquella carta. Primero me comunicó la inmensa alegría que le había producido recibirla, por el remitente de quién la había enviado y por su contenido. Me comunicó, también, su decisión de visitar a Camilo en su tierra, sus ganas de hablar con él, sin saber todavía hasta dónde alcanzarían sus palabras. Para cuando se sentó ante su escritorio y buscó entre los cajones una postal, una que ofreciera una imagen hermosa de su tierra, no encontró ninguna. Pero no quiso postergar por más tiempo el momento de contestar. Quizá fuese mejor cambiar en esa ocasión el modo de escribir, pensó. Así que buscó un par de folios en blanco y comenzó a redactar:

*Querido Camilo,*

No pudo escribir una nueva línea, ni una palabra. Nada más. Su cuerpo se despeñó como desde lo alto de un barranco cayendo con fuerza al suelo, arrastrando en su abrupta caída la silla sobre la que descansaba, hurtando de golpe su función, quedando recostada a su lado. Su corazón se paró en seco. Eso dijeron los médicos cuando llegaron. Ese día no pensaba visitar a mi tía, que era como si fuera mi hermana. Habíamos

discutido ya ni sé muy bien por qué, alguna de esas tonterías que, con la confianza, nos tomábamos a pecho, a sabiendas de que otro día, con más calma, la resolveríamos entre risas y disculpas recíprocas. Pero esa vez no pudo ser. Para cuando volví a verla la encontré sin poder replicarme, ni perdonarme. No fue eso lo que más me dolió. Fue encontrarla así, sin vida, para siempre. Y que la primera en verla de ese modo fuera Violeta, cuando regresó a su casa aquel día, por suerte la acompañaba su mejor amiga.

Los primeros rayos de un sol liviano asoman por una rendija abierta de la tienda de campaña. Me dejo espabilar por esa luz tamizada, después de varios parpadeos al despertar de un sueño profundo. Me sorprende haber podido dormir de un tirón, será el cansancio que ha podido, al fin, dar tregua al insomnio de noches pasadas. Miro a Damián, sigue durmiendo y me levanto sigilosa para no despertarlo. A fuera, entre las dos tiendas que montamos, descubro a Violeta, sentada sobre la tierra de la parcela que ocupamos. Me mira con ojos inquisitivos, me acerco a ella y me siento a su lado.

- ¿Cómo has dormido? – le pregunto, después de darnos los buenos días.

- Bien, solo hace un momento que me he levantado – sonrío al decirlo y entiendo que es cierto.

- ¿No te ha molestado Alba? A veces se despierta a mitad noche y, con la emoción del viaje, es fácil que lo haya hecho esta vez.

- ¡Qué va! Ha dormido como un lirón. Abrazada a mí, eso sí.

- Ay, ¿seguro que no te ha molestado? ¿No has pasado calor?

- No me ha molestado en absoluto, no te preocupes. Al contrario, tenerla al lado, así de cerca, me ha hecho bien -la sonrisa vuelve a dibujarse en sus labios.

- Me alegro -no puedo más que admitir-. ¿Preparada, entonces, para el encuentro?

- Preparada, Cintia.

Me gusta cuando me llama así, por mi nombre de pila, me recuerda cuando yo hacía lo mismo con su madre. Creo que Violeta está realmente preparada, como dice. Aun así, pienso que conviene esclarecer algunas cuestiones antes de dirigirnos a la aldea.

- Violeta, falta bien poco para que cumplas tu mayoría de edad, apenas dos meses. Entonces podrás obrar con total independencia, pero, de todas formas, también ahora puedes decidir. Suponiendo que tu padre quisiera hacerse cargo de ti... ¿querrías quedarte con él? – esta pregunta no había sido formulada hasta ahora, aunque ya intuíamos la respuesta. No obstante, se hace necesaria una respuesta segura.

- No, apenas lo conozco, tan solo por lo que me contaba mi madre o tú misma de él, cuando ni sabía la relación que nos unía. Precisamente lo que quiero es conocerlo. Pasar un tiempo a su lado, si él quiere. Y ver qué pasa.

- Pero Camilo es tu padre, tu familia...

- Mi familia sois vosotros: tú, Damián y Alba, y los tíos, tus padres, por supuesto. Y mi tierra está frente a otro mar.

- A nosotros nos tendrás siempre, ya lo sabes. Pero, además, tendrás una nueva familia: un padre, otra vez abuelos...

- Sí, si ellos quieren aceptarme. Y será una alegría ampliar la familia, y más ahora... - la mirada de Violeta se ensombrece por un instante.

- Pase lo que pase, tu madre se alegraría de que os conocierais, estoy convencida. No la juzgues porque no lo permitiera en otro tiempo. Ya conoces sus razones.

- No lo hago, aunque si la tuviera delante... cuatro cosas sí que le diría – en su gesto asoma un mohín malicioso con la advertencia, después recupera el semblante sereno -. Pero no está y me duele mucho más su ausencia que cualquier reproche por hacer.

Alba sale a gatas de la tienda, con lagañas en los ojos y los rizos rojos en remolino. Nos mira y sonrío, después pregunta por su padre. Damián sale de la tienda respondiendo al instante a la invocación de la pequeña. Se disculpa por haberse levantado el último y nos apremia a ponernos en marcha: lo primero que debemos hacer, dice, es tomar café.

Decidimos cumplir enseguida su imperativo y preparamos el hornillo y la cafetera. Y para Alba su leche con cacao. Unas madalenas acompañan nuestro desayuno, y unas risas que salen de nuestras gargantas, mientras las engullimos.

Tras una buena ducha y una nueva muda sobre nuestros cuerpos nos acercamos al sendero que lleva a la aldea. El sol cobra cierta altura y sus rayos nos llegan más templados. Caminamos despacio, rodeados de campos de trigo y centeno. A penas si pronunciamos alguna palabra en nuestro recorrido, supongo que ya hemos dicho lo que teníamos que decir, por ahora. Nuestro interés inmediato es avanzar, poco a poco, con pasos decididos hacia un destino buscado. Juguetemos con Alba en el camino,

columpiándola su padre y yo, alzándola suavemente de las manos, en un balanceo que le divierte y provoca una sonrisa ancha en Violeta. Como hacíamos su madre y yo con ella cuando era tan pequeña como mi hija. Como hacían mis padres conmigo cuando yo era una niña. Y como haría con mi tía desde que Alba apenas contaba un año de vida. La quería casi tanto como a su propia hija, aunque no le gustaba reconocer que ya era tía abuela y quiso, desde que mi hija aprendió a hablar, que solo la llamara Elia.

La aldea se entrevé al girar un recodo del camino. Algunas casas diseminadas en las afueras, todavía en campo abierto, quedan ya cerca en nuestro andar sin prisa. A la izquierda se sitúa la que alienta nuestros pasos. Damián lo comprueba en el plano y nos advierte de su proximidad. Mi prima se detiene un momento, sin dudas, sin miedos. Tan solo quiere observarla un instante en la distancia, nos asegura. Contemplamos todos la estructura del edificio en silencio. Es un *casariño* sencillo, posiblemente restaurado a la vista de su techado reluciente de pizarra sobre una fachada de piedra y granito, orientado hacia las parcelas que se abren ante sus puertas, con un par de hórreos entre ellas.

Un anciano asoma tras el edificio y entra en él con un caminar oscilante, apoyándose en un bastón. La puerta está abierta y así permanece, cuando Violeta decide continuar hacia su objetivo. La seguimos de cerca.

Al situarnos frente el *casariño* todavía la puerta continua sin cerrar. Mi prima se acerca hasta acceder al umbral y se asoma, sigilosa. No le parece que llamar sea lo más oportuno, así que se decide a lanzar un: *buenos días*, por si alguien anda cerca de la entrada y puede responder al saludo. Quizá su voz ha sonado débil, con la emoción, pienso. Repito yo misma el saludo, con una voz más potente, sin ser invasiva. Una

anciana se dirige a la puerta, lentamente, quizá recelosa al no reconocer la voz. El ceño fruncido en su rostro no refleja hostilidad, tal vez extrañeza.

- Bois días -nos dice observándonos uno a uno-. O que se ofrece -continua en marcado acento gallego.

Mi prima se adelanta y observa a su abuela con curiosa avidez. Su cuerpo menudo y algo encorvado, su rostro plagado de finas arrugas sobre unos rasgos regulares y delicados, los ojos claros, clavados en ella mientras la observa. El anciano que hemos visto antes entrar en la casa se acerca y pregunta: ¿qué pasa, mujer? ¿quién ha venío? Todavía conserva su acento andaluz, después de tantos años afincado en tierras gallegas. El abuelo de Violeta es bastante alto, aunque también su cuerpo se encorva ligeramente, apoyado en su bastón. Mi prima lo mira de frente, con la misma avidez que ha mirado a su abuela. Unos instantes, sin mediar palabra. Hasta que recupera el aplomo, tras la sorpresa inicial, decidida a ser ella quién aclare nuestra presencia.

- Mi nombre es Violeta Ribó y ellos son mi prima, su marido y mi sobrina aclara señalándonos-. Venimos de un pueblo de Alicante y queremos hablar con su hijo, Camilo. Soy la hija de Elia y quiero que sepan algo sobre mi madre. Y sobre mí, también.

Su voz, esta vez, ha sonado firme y clara. Miro a Damián y encuentro en sus ojos el mismo regocijo de orgullo que siento ante la empoderada actitud de mi prima, que era como si fuera mi sobrina, y que ya es como si fuera mi hermana. Los ancianos la miran y se miran. Apenas si les da tiempo a decir nada ni a llamar al hijo. Camilo aparece tras sus siluetas: alto, sin barba en un rostro de incipientes arrugas, con algunas canas

esparcidas en su oscura melena. Sin duda ha escuchado todo desde adentro. En su mirada descubro el asombro, la sorpresa y el anhelo de Violeta.